

El Herald del Istmo

AÑO 1.º

Panamá, 28 de Abril de 1904.

NUM. 7

El Rubí

POR SIMON RIVAS.

*Un día lleno de luz como tu alma,
A quien redime los pesares hondos
Recordé mi pasión y mis promesas.
En largo soliloquio
Que escucharon las flores y las olas
En el chispeo de amor de tu alborozo.*

*Tu mano suave, diminuta, rósea,
Entre mi mano abandonaste, y luego
Te ví el anillo de virtud que adoro,
El de rubí sangriento,
Anillo en que me ves si tú lo miras,
Anillo en que se adunan mis recuerdos.*

*Y te dije: el rubí mis penas canta;
Y te dije: el rubí mi sangre copia,
Y Febo te dirá con los crepúsculos
Lo que dicen las rosas:
Que mi amor es el fuego de tu sangre,
Como es mi sangre el fuego de tus glorias.*

*Mis palabras de amor son las banderas
Que agita el viento en el ardor del triunfo,
Oriflamas de mirtos y amapolas
Que irradian sobre escudos
Que en noches sordas salpicó la sangre
De los vencidos sátiros difuntos.*

*Mis pesares de amor son las coronas
Que acaso envidien báquicas lujurias,
Fuego voraz en que los nervios arden
Con lúgubre tristura,
Cuando el esquife que llevó el mensaje
De nuevas dichas, naufragó en las brumas.*

*Cuánta vez al besar en el anillo
La sanguinosa chispa de la piedra,
Vi palpar en el sanguíneo rayo
La mística, la yerta,
La ilusión que murió, la pobre náufrega
Que al vértice llevó mi luz postrera.*

*Roja así quiero yo que sea la tarde
Cuando el último adios mis labios hiele,
Y de grana y rubí que sean las rosas
Que lleves á mi muerte,
Cuando ya no te mire el áureo anillo
En tu mano brillar como en la nieve.*

*¡Oh roja luz que mi cerebro ofusca!
Estrella roja entre tu mano blanca!
Acoje mi pasión en tus reflejos,
Cuando al soñar del alma,
No tengan ya más sangre los crepúsculos,
Ni rosas, ni claveles las montañas.*

El Heraldo del Istmo

Director-Propietario: GUILLERMO ANDREVE.

PANAMA, 28 DE ABRIL DE 1904.

Historia

EPISODIO DE 1867.

LOS Doctores Santiago Pérez, Tomás Cuenca y Felipe Zapata; el General Ramón Santo Domingo Vila; los señores Mariano y Santiago Izquierdo y yo habíamos acordado salir de Bogotá en la noche del 2 al 3 de Mayo, para el Norte de la República. Era nuestro objeto obtener que el Doctor José María Villamizar Gallardo se encargase del ejercicio del Poder Ejecutivo nacional, como Tercer Designado, elegido por el Congreso, y levantasen en Santander la bandera de la legitimidad. El Primer Designado, General Santos Gutiérrez, se hallaba ausente en Europa, y no conocíamos con certeza las opiniones del Segundo, General Santos Acosta, sobre la situación que había creado el General Mosquera el 29 de Abril, día en que hizo girones, con la Constitución de la República, el título único de que derivaba su autoridad. En varias cuestiones, de reconocida importancia, el General Acosta, Senador de Boyacá, había votado en sentido opuesto á las tendencias del General Mosquera, claramente liberticidas; pero se había mostrado *mosquerista* ferviente, casi incondicional, y no era de esperarse, por causa de antecedentes notorios, que se decidiese á combatir con las armas al caudillo prestigioso que había sido su jefe y amigo. La amistad que es íntima se convierte en verdadera pasión, y, como ha dicho Montesquieu, "la pasión hace sentir, pero no deja ver."

Se convino en que enviaríamos el día 2, á la casa del señor Calustiano Villar,—barrio de San Victorino, una cuadra al occidente de la plaza de ese nombre,—nuestros caballos y nuestras monturas; debíamos hallarnos reunidos en esa casa á las doce de la noche de ese día. Así se hizo, con británica puntualidad. A la una estábamos ya á caballo, en el camellón que conduce á *Puente Aranda*. Al ponernos en marcha, Santiago Izquierdo, el prehistórico *Chato*, lanza en mano, nos dirigió breve arenga marcial, cuyo fondo era la consigna de "atropellar cualquiera fuerza de la Dictadura que intentase cerrarnos el paso."—Debo confesar que aquello me pareció una barbaridad. Santiago Pérez, Tomás Cuenca, Felipe Zapata y Pablo Arosemena, inermes, atropellando soldados de línea, provistos de rifles excelentes!—No se hizo observación alguna á tal programa, y nos arrojamos confiados en el seno del destino.

Nos dijo el *Chato* que procurásemos hacer el menor ruido posible, para no despertar las guardias de la Dictadura. Nos hizo saber que en "San Diego" tenía el General Mosquera un escuadrón de caballería, que sin duda saldría á perseguirnos, caso de ser sentidos. Júzguese qué impresión nos causaría esa noticia; *digo nos*, porque supongo que mis compañeros, especialmente los *doctores*, participaban de mis impresiones; suposición que no implicaba, en manera alguna, el que yo pusiese en duda su valor personal.

Pasamos felizmente el peligro,—muy grave que constituía para nosotros ese Escuadrón de caballería,—aún cuando hacía ruido extraordinario la marcha, en altas horas de noche silenciosa, de nueve caballos herrados: nos acompañaban dos muchachos que estaban al servicio de los señores Izquierdos.

Nos indicó el *Chato* que redujésemos la rapidéz de la marcha, fundándose en que tendríamos que hacer larga jornada al día siguiente, y así lo hicimos. La oscuridad era absoluta.—"¿A quién tengo á mi lado?"—me dijo el Doctor Pérez—"A Pablo Arosemena."—le contesté. Acababa de dar esta respuesta cuando se oyó este grito, que nos causó profunda sorpresa, por lo inesperado: "¡Alto! ¿Quién vive?"—Lo dió el centinela de un piquete de infantería que el General Mosquera,—con conocimiento de nuestros proyectos, había hecho colocar en el puente del río del *Arzobispo*. Varios soldados se nos vinieron encima,—supongo que bayoneta calada—, y uno de ellos tomó por la brida el caballo del General Santo Domingo, quien iba á la vanguardia, y lo hirió en la rodilla, no sé si intencionalmente. El caballo, que era muy brioso, dió salto violento y arrojó al suelo al General, causándole en la frente herida no leve. Los demás olvidamos, bajo la impresión de la sorpresa, la consigna de atropellar las guardias que intentasen detenernos, y nos declaramos en retirada honrosa hacia Bogotá, y nó á paso ordinario. Sabíamos que había caído uno, pero no quién. El caballo herido, libre de su jinete, nos acompañó en esa retirada, haciendo ruido deplorable, por las circunstancias.

Llegamos á San Victorino, é intentamos tomar el camino de Occidente; pero otra guardia, también colocada por el General Mosquera, en lugar bien escogido, se presentó á detenernos. El alarma fue extraordinario en la plaza, y de todos los cuarteles salieron patrullas á investigar lo que ocurría. Por resolución espontánea, el grupo que formábamos se disolvió: quedamos juntos los señores Izquierdos y yo. Nos dirigimos á la *Huerta de Jaime*, hoy *Plaza de los Mártires*, y el *Chato* propuso que nos refugiásemos en la caballería del señor Calvo. Yo lo objeté, é indiqué que nos dirigiésemos á la quinta de Jacinto Corredor, donde, en mi concepto, podíamos ocultarnos con seguridad. Así lo hicimos. Llegamos á la quinta y tocamos á una ventana. Jacinto apareció en el acto.—sin duda velaba—, y nos preguntó si ya estábamos de viaje para Santander: él conocía nuestro plan. Le referí brevemente lo sucedido. Hizo abrir la puerta principal, y entré. Los señores Izquierdos rehusaron quedarse, y fueron á buscar hospitalidad en casa del Coronel Antonio Narváez, quien los recibió y trató con lujo de distinción. Era el Coronel Narváez cumplido caballero, y sin duda había aprendido maneras en las Cartas de Lord Chesterfield.

"Una cama, y no me despierte, suceda lo que suceda."—le dije á Jacinto.—Me levanté al día siguiente, á la hora del almuerzo. Jacinto me suplicó que, si venían á prenderme, me dirigiese hacia la sabana, atravesando el terreno de la quinta; y me dijo que un criado suyo, fiel y valiente, me acompañaría. Le prometí hacer lo que me aconsejaba, para no disgustarle; pero no tenía la menor intención de cumplir tal promesa.

Nos hallábamos á la mesa, á las cuatro de la tarde, y, en el momento en que el criado servía el café, sentimos golpes fuertes y repetidos en la puerta de la calle, que estaba cerrada, por precaución.—Jacinto se levantó, y corrió á ver quién llamaba á su puerta con tanta rudeza: una persona de la vecindad se presentaba á avisarle que venían á rondar la quinta, en busca del Doctor Arosemena." Yo había seguido á Jacinto á prudente distancia, y alcancé á oír el oportuno aviso.

Hice, casi automáticamente, lo que mi amigo muy querido me había indicado, acompañado de dos criados muy leales y adictos á mi persona. Saltámos una división de escasa altura, y nos hallámos en un terreno cercado de tapia de adobes. Formaba la diagonal de ese terreno, de extensión poco considerable, cuatro hectáreas, más ó menos,—una *chamba* (1) poco profunda, á cuyas orillas crecía vegetación que no brillaba por su vigor; cuya altura era un metro cincuenta centímetros, más ó ménos.

Proví que la fuerza enviada á prenderme,—una compañía de la Guardia Colombiana—, rodearía la quinta y penetraría en ella, pasando sobre la tapia que determinaba sus linderos, y temí que los soldados, al vernos correr á mis compañeros y á mí, disparasen sobre nosotros. Para evitarme ese riesgo resolví ocultarme en la *chamba* mencionada. Así lo hice rápidamente, y mis compañeros siguieron mi ejemplo. Me establecí en el cauce de la *chamba*, la cabeza en uno de sus bordes y las piernas en el otro: el agua me cubría la región comprendida entre el pecho y las rodillas. Los muchachos que me acompañaban se acostaron bajo la vegetación que crecía á las orillas de la *chamba* ya aludida. Acabábamos de ocultarnos, cuando aparecieron sobre la tapia que rodea la quinta los soldados que me perseguían. Descendieron sobre el terreno doce, más ó ménos y procedieron á registrarlo, ayudados por dos niños, hijos del señor Bernardino Trimiño, quienes se les incorporaron con entusiasmo infantil; no tenían la menor idea del alcance de su obra. El registro del terreno duró unos quince minutos. Viendo que su labor era estéril, la partida se retiró; pero el oficial que mandaba la escolta dejó sobre los techos de las casas cercanas á la quinta varios soldados en observación. Sabía este oficial que yo estaba en la quinta, por denuncia de un artesano mosquerista, bien informado, y no podía explicarse mi desaparición. Varias veces, cansado por la posición en que estaba, y sintiendo frío terrible, intenté presentarme; pero me abstuve de hacerlo, recordando que el General Mosquera fusilaba.... Era su fuerza, según el General Posada Gutiérrez.

Pasó el tiempo, vino la noche, y cuando la oscuridad era completa, Jacinto Corredor y Salustiano Villar me hicieron saber su presencia, conversando en alta voz. Me incorporé entonces, y ayudado por mis compañeros,—apenas podía caminar,— me dirigí hácia donde aquellos se hallaban. Había permanecido cerca de tres horas, con par-

[1] La palabra "chamba," no es castellana. "Chamba" en lengua del interior de la República de Colombia, es una zanja poco profunda. En la Sabana de Bogotá la hay artificiales, para marcar los linderos de las propiedades.

te del cuerpo dentro del agua, en la temperatura de Bogotá!—Comprendí que no debía permanecer en la quinta; me cambié el vestido, que estaba empapado; comí ligeramente, y, acompañado de mi fiel amigo Salustiano Villar, regresé á la casa del señor Langon, en la cual me asilé el 29 de Abril.

No había yo desistido de la idea de seguir á Santander,—glorioso *sanctum-sanctorum* de la libertad—, á prestar mis servicios á la causa de la legitimidad constitucional, que tenía en el Doctor José María Villamizar Gallardo, sostenedor abnegado y ferviente. Decidí partir de Bogotá el 8, acompañado del señor... Morales, (1) hijo del señor Plácido Morales, fusilado el 19 de Julio de 1862, por orden del General Mosquera. El señor Morales, se había comprometido con mis compañeros de Diputación,—Céspedes y Herrera,—á ponerme con toda seguridad en el Socorro; debía conducirme por sendas extraviadas para burlar la vigilancia del Dictador. Entiendo que era baqueano insigne.

Me dirigí al Senador Arias, pidiéndole lo que necesitaba para el viaje que iba á emprender. Me contestó que desistiera de ese propósito; que, según concepto del General Acosta, *el Congreso se reuniría pronto y en la capital de la República*... Permanecí en mi asilo,—la casa del señor Langon,—cárcel de flores—, hasta el glorioso 23 de Mayo.

En Mensaje del General Mosquera, dirigido, con fecha 6 de Mayo, á los Presidentes de los Estados de Bolívar, Boyacá, Cundinamarca, Cauca, Magdalena, Panamá y Tolima, y al Gobernador del de Antioquia,—documento que fué publicado en el número 926 del *Registro Oficial*—, dió cuenta en estos términos de nuestra tentativa de viaje para el Norte, frustrada, como ya se ha visto:

"Los señores Ramón Santodomingo Vila y Santiago Izquierdo, Senadores; Felipe Zapata y Pablo Arosemena, Representantes; Tomás Cuenca y Santiago Pérez, Secretarios de la Administración Murillo, acompañados del señor Mariano Izquierdo, después de varias reuniones clandestinas resolvieron irse á Santander á sublevar el Estado contra el Presidente constitucional; Santo-Domingo debía seguir á Barranquilla á hacer una revolución contra el actual Presidente.

"Tuve aviso de que los sujetos que dejo mencionados se irían á deshoras de la noche, y mandé colocar destacamentos para cerciorarme de la verdad é impedir su viaje. A las dos de la mañana del día 3 verificaron su partida, y, sorprendidos, se pusieron en fuga; pero fueron aprehendidos, Santo-Domingo, muy estropeado porque lo tiró á tierra su caballo, Zapata y Pérez. Los otros, bien montados, pudieron escaparse, porque se prohibió que se les hiciera fuego. Este suceso puede llegar á los Estados con proporciones exajeradas, y debe saberse la verdad. Dichos señores quedan detenidos y en seguridad para que no hagan mal."

[1] No era Roberto.

¿Cómo supo el General Mosquera que debíamos partir para el Norte en la noche del 2 al 3 de Mayo? Paso á decirlo. Una criada del señor Villar tenía relaciones de *amistad* con un músico de la banda del *Zapadores*. La criada vió los preparativos de viáje, en conexión con nosotros, y le hizo la confidencia á su *amigo* el aludido músico. Este se la hizo á un oficial de ese batallón. . . .—Informado el General Mosquera, hizo llamar al Coronel Delgado, y le dijo: "Sé que se van esta noche Pérez, Cuenca, Zapata, Santo-Domingo, Arosemena ó Izquierdo. Tome inmediatamente las medidas necesarias para prenderlos. Es preciso que usted me traiga esta noche esos pícaros."

Debo el conocimiento de este incidente al Coronel Delgado, elevado al grado de General de la República por la Administración del General Acosta, inaugurada el 23 de Mayo.

El General Mosquera afirma en el Mensaje á que me he referido, que dió orden para que no nos hiciesen fuego. Lo creo.

Panamá.—Cuartel de las Monjas—, 16 de Noviembre de 1899.

PABLO AROSEMENA.



A Panamá

FOR JERONIMO OSSA

Vió lucir en lontananza
espléndidos resplandores,
que encendieron los albores
de realizada esperanza!

Hoy sus anhelos alcanza;
y sus tropicales flores.
dan perfume á sus amores:
y hay justicia en su balanza!

Que te lleven tus valientes
á destinos soberanos,
con trabajos diligentes:

serás, sin delirios vanos,
unión de dos Continentes
y abrazo de dos Oceanos!



Dr. Heliodoro Patiño

En otra página de este mismo número presentamos á nuestros lectores, junto con un bello artículo, el fotograbado del Dr. HELIODORO PATIÑO, tipo actual de nuestra juventud batalladora, y elocuente muestra de lo que puede dar el propio esfuerzo. PATIÑO, que todo lo debe al estudio y á la constancia posee conocimientos apreciables en legislación y ciencias políticas, y á la vez que un orador fácil es un escritor galano y atildado.



Van los huéspedes

Para Guillermo Andreve

"La palabra huésped es deliciosa."

JULES CLARETIE.

¿Qué psicología más rara, es la que filtra el destino en las almas de los soñadores, en las almas de los poetas errantes!

¿Qué raro misterio, qué rara tristeza rodea la vida, rodea la historia de esos poetas nómades, inquietos, febricitantes y dolientes!

¿Por qué nacieron así? ¿Qué voz implacable les anunció en la mañana de la vida ese lento *via-crucis* en la desierta playa del Dolor?

¿Por qué en la opacidad de su ruta, bajo la horrorra de un ciclo oscuro, ante el mar tempestuoso, y como sólo presentimiento la agonía de un crepúsculo siniestro, siguen esos viajeros tristes, esas almas torturadas y sombrías?

Tú, poeta joven que naciste en un pueblo de América ¿por qué fuiste á Lutecia á morir de hambre al pie de la estatua de Mürger? ¿Y tú, poeta de Albión, y tú Leclerc, por qué fuisteis siempre, en pos del Misterio, en pos del Imposible?

Todo lo que no dijeron esas almas, lo más hondo, lo más íntimo, lo más alto, es el reflejo de lo que sienten esos viajeros, *esos huéspedes*, que abandonan las playas donde nacen para ir á otras, exóticas, rehacias y quizá remotas.

¿No veis de tiempo en tiempo, alguno de esos viajeros perdidos en el torbellino de las grandes ciudades?

Van al país de la Quimera. Rebeldes, tristes, solos, firmes, graves, sombríos . . .

Ayer, pensaron lanzarse á una romería inaudita. Salieron de su proclio llevando un manojo de flores sencillas, las flores de sus almas.

Hoy, van sobre lo inmutable del mar, bajo lo inmutable del cielo.

Mañana? quien sabe! Mañana habrá pedestal. Sitio? Quién sabe dónde! Quizá en la inmortalidad!

JUSTO PASTOR RÍOS.

Panamá, Abril 3 de 1904.

Páginas



LA vida de X es una historia. No hay vida que no sea una historia. Caracteriza la de X esto: que es tan antigua como el mundo, porque todos los días se repite con mayor ó menor exactitud.

La referimos, pues en ello no hay trabajo. Como no es sobrenatural ni sorprendente, la fantasía no tiene que hacer esfuerzos dando color á lo que tiene el de la realidad.

De párvulo quedó huérfano. Era inocente cuando perdió su padre. Y sucedió lo que de ordinario sucede: que tal pérdida fué para X la de sus mejores esperanzas de niño.

Como único patrimonio le quedaba: la semilla de una educación moral exquisita, que en su virgen espíritu hicieron germinar los que vida le dieron; una madre que fue y es un tesoro, y siete hermanos—reducidos posteriormente á seis—que son hoy joyas finísimas, cuyo valor se acrecienta día por día.

Pero no es ocasión de hablar de las cosas del momento. La relación corresponde á época que pasó y que fue de peripecias, y de amarguras y pruebas. Respetemos el orden, queremos decir, los fueros de la Cronología, que también tiene los suyos, respetables como todos.

Insinuado queda que en herencia recibió X siete hermanos. No eran pájaros, y no siéndolo, eran siete bocas que no se contentaban con migajas ó que no se hartaban con alpiste, y siete cuerpos sin plumaje que exigían tratos.

La vida de ésta se liquidaba en lágrimas, lo cual, como se comprenderá, era lo más grave. Lloraba por el esposo muerto; por el padre de tantos hijos que, para mayor abundamiento de desgracias, le habían sobrevivido; por el hombre bueno con quien compartiera largos años de existencia sana y pacífica. Lloraba igualmente por los hijos. Los quería como quieren las madres que saben serlo. Pero lloraba por ellos ó por causa de ellos. Constituían una carga de peso imponderable...

Algunas veces, y con cualquier pretexto, los agrupaba á su alrededor de la misma manera que procede la clueca con sus polluelos, y se quedaba silenciosa contemplándolos. En esas horas no irradiaban claridades de esperanza en la mente ni en el alma de aquella mujer. Ennegrecíasele más bien el semblante, y los pliegues de la frente mostraban por modo claro que los seres que eran su propia vida, ó más que su vida, eran también los predestinados del Vicio, los escojidos del Crimen, los candidatos presuntos del Hospicio ó del Presidio y... no del Patíbulo porque antes de 1885 era excusado no pensar en ese horror.

Pobre! Todos parecían llevar en el alma los dolores de esa mujer y todos le tenían lástima. Quien era la encarnación de las mayores virtudes cristianas y quien constituía la obligada comparación cuando queríase ponderar la bondad de alguna dama, no podían imaginársela así tan duramente castigada por los rigores de una suerte adversa. Nadie dudaba que infortunio tan grande y penas tan intensas terminarían por enloquecerla.

En presencia del cuadro que hacían la madre y los hijos, y de la atmósfera de miseria que envolvía el hogar que había sido tan feliz, no había labio que no dijera: esta es la *Tristeza* ó esta es la *Desgracia*.

Transcurrieron meses y años, y sucedió lo que debía suceder, lo que era natural que sucediera: que ninguno de los muchachos fue vicioso, que ninguno resultó criminal y que ninguno paró en el Hospicio ni el Presidio.

¿La viuda enloqueció? Sí. Está loca de felicidad. Se recrea en su obra que aprecia como una maravilla. Sus hijos son modelos. En el pueblo no los hay iguales, y á las madres que la interrogan cómo ha podido formarlos tan excelentes, les contesta con modesto orgullo: el secreto consiste en saber educar, en modelar bien el corazón: el del niño es una cera que los padres figuran á su antojo.

R. Patiño.

British Museum

AUTOGRAFOS.

SIN necesitar esta colección del pensamiento, recuerda gestos, actos, vidas. A través de ella se oyen voces reales. Algo de la luz que es luz—y que, sin poder volver á su foco, flota antes de extinguirse hay en estos acentos que subsisten, mientras se aleja el alma de que partieron. Wellington, en una hoja de papel, detalla antes de Waterloo su caballería. “El Napoleón inglés,” murmura al lado un amigo. “Sí—le respondemos,—es decir, el de los ingleses, que no es, sin duda, el del mundo.” Nuestro amigo se encrespa; pero una espiritual señora interviene: “A nadie se le ha ocurrido, hablando de Napoleón, decir el Wellington de Francia” Federico el Grande, con tachas y borrones, escribe un juicio sobre Carlos XII: “Encuentro en todos los libros que hablan de este príncipe, elogios magníficos de su frugalidad y continencia; pero veinte cocineros franceses, mil concubinas en su séquito, no hubieran jamás hecho á su reino la centésima parte del perjuicio causado por su ardiente sed de venganza y su deseo inmoderado de gloria...” “Tenía más de Pirro que de Alejandro...” “Débesele imitar con circunspección: deslumbra y puede extravíar á la juventud ligera y fogosa.” En toda la página que extractamos se siente la simpatía del autor por el príncipe, como si con pesar se viera forzado á decir lo que debe. De Nelson hay una carta á Lady Hamilton. Está escrita con la pluma misma con que escribió su célebre orden del día: “La Inglaterra espera que cada cual cumpla con su deber.” Los rasgos son poco firmes, y no dejan adivinar el carácter del almirante. “El enemigo—dice—ha tomado sus posiciones, y espero concluir esta carta si el cielo me lo permite.” Y la concluyó, en efecto, pero Trafalgar fué su tumba gloriosa. El capitán Hardy, que halló la carta, se encargó de entregarla. Otro autógrafo es un bosquejo de la batalla de Abukir. Hay una línea desplegada de buques marcados por círculos, y en otro rincón de la hoja, una línea en pelotón, formando un ángulo obtuso con la primera. Una carta de Carlos V á la reina María de Inglaterra, es curiosísima. Placa de arabescos en líneas casi rectas, sin orden ni armonía, apenas lisible, deja entrever que se trata del casamiento de Felipe II. Casi al lado, hay un libro de anotaciones de María Estuardo y una carta. En el museo Kensington veíamos ayer un pomo de perfumes de María Antonieta, y esta carta nos recuerda cómo perseguimos en el cristal la extinguida sombra de una mano. Y querer decir la sensación de los objetos de dos jóvenes reinas, que fueron hermosas y amaron á Francia, y subieron del patíbulo á la gloria, valdría querer corporizar el perfume, desvanecido para siempre en el cristal, ó poner en una imagen esos rasgos que sólo el tiempo pone en las cifras.... ¡Ah, el tiempo! Ese pensativo artista, cómo agiganta moralmente las ruinas, destruyéndolas; cómo ennoblesce con su pátina las telas, dando casi un valor moral á las figuras, que ante la fugacidad de todo se absorben más en su meditación; cómo en estas cartas, jirones de una

vida, que flotan sobre el olvido, entristece los caracteres, en tanto que su voz se hace más lejana y los da el matiz de las hojas secas para rodar en el torbellino sin cauce!...

Galileo escribe á un amigo. Muy fatigado y con anhelo de descansar, le promete verle antes del día de San Juan, y adelanta un tema de charla: mejora del telescopio. Al lado hay cartas de Miguel Angel. Se nos ocurre pensar: el uno estuvo empeñado en acercar los astros al hombre, y el otro en levantar al hombre hasta los astros. Pero de Miguel Angel, no hay nada que recuerde las cóleras geniales de la Capilla de los Médicis, ó la creación del Moisés y los Esclavos... Tenemos por delante un libro de Madrigales. Añadid, sin temor, que jamás madrigal alguno fué escrito con más hermosa letra. Las *aes* y las *oes* parecen dibujadas con cariño. El amante ideal de los sonetos, el cantor de Victoria Colonna, ha olvidado lo que es él: un Hércules febril que tiene por clava un cincel, y se prodiga en gentilezas, rimadas con esfuerzo y corregidas con mimo. De Leonardo de Vinci hay un libro de apuntes sobre matemáticas comparadas. El carácter del grande hombre está reflejado en el manuscrito. Es un conjunto de notas sin relación, escritas en tiempos diferentes. La curiosidad insaciable las mueve. Como quien apunta la silueta de un tipo, la sensación de una cosa, el rasgo de un movimiento, una frase oída, Leonardo anota sin cesar pensamientos volantes sobre problemas científicos. Aquí, un cono; abajo, ángulos con letras, ó pirámides con sombras, que se internan en cubos. Las sombras y líneas de este matemático, que busca verdades, son hermanas de los clarososcuros y de las sonrisas que en las telas del soñador se llenan de misterio. Todo su afán es conocer las leyes de la vida, y encerrar lo infinito en la simplicidad de un rasgo, como el cielo que se refleja en una gota de agua. Y ved su escritura, en los apuntes. Los caracteres son claros, aunque hechos al revés y de derecha á izquierda. Es el afán de torturarse y ser vencedor de dificultades hasta en lo nimio. En otra forma, ¿no trabajó cuatro años en los labios y en los ojos de Monna Lisa?... Voltaire escribe á un filósofo una carta, mezcla de francés y de inglés, felicitándole por una obra. De paso, una cox, que él cree estocada, á Shakespeare. Más abajo, Corneille manda sus poemas al príncipe de Orange, y le dice: “No encontraréis nada leíble, salvo una Medea que ha tomado cosas buenas de Séneca. Lo demás son pecados de la juventud, ensayos de una musa provinciana que se ha dejado conducir por las luces puramente naturales, sin reflexionar que existe un arte de la tragedia y que Aristóteles había dejado sus preceptos.” Ah! cuánto mejor le hubiera sido no empelucar tanto esa provinciana musa, pecar más en su juventud, oírse más así mismo, y no conocer ni los fragmentos de Aristóteles, ni las interpretaciones de d'Aubignac. Goethe decía á Eckermann: “Shakespeare no respetó las unidades de tiempo y lugar; pero sus obras, llenas de conjunto que es fácil ver, hubieran hallado gracia ante los mismos griegos.” A Corneille debió ocurrírsele lo mismo. Voltaire le hubiera dicho salvaje, es cierto, pero de tal dolor—si le era dado oír—podía consolarle el saber que Moratín, aplaudiendo

á Voltaire, le llamaba loco... Schiller, ingenuamente, escribe á Körner sobre materias domésticas. Alguna vez dijo Heine, algo como esto: "Los alemanes aman la libertad como á una abuela, los ingleses como á una esposa, y los franceses como á su querida." Después de leer la carta, á pesar del drama revolucionario *Los Bandidos*, nos imaginamos á Schiller de tal modo, que la frase del humorista resulta cierta. Al lado de Schiller, Goethe. En cuatro rasgos, devolviendo unos manuscritos, el Júpiter rabia como un simple mortal y explica las causas de una polémica. Después, Heine escribe en francés á un redactor de *El Tiempo*. Con qué curiosidad enternecida se miran esos renglones de 1834, de la mano que puso tanta amargura y tanta lágrima en el *Intermezzo*! Pero no hay nada del poeta, de ese enfermizo ser de elección, que Schumann debió de amar como a nadie; de esa flor amorosa y melancólica, que es posible supiera que el sol existe, porque dicen que la luna brilla en las noches con su reflejo. Hay del otro, del sarcástico, del que, próximo á morir: "cómo estoy de débil!"—exclamaba—"no podría ni silbar un drama de monsieur Scribe!" Y decía á Berlioz: "¿Usted á verme?... Siempre tan original!" aludiendo, sin duda á que los amigos le tenían abandonado. Y está de mal humor. "en inmensa soledad, sin hablar con nadie, rodando del bosque y de ingleses." "Le devuelvo—dice—el libro de Goethe. Es sin duda interesante. Pero eso es escribir un libro sobre un tema que se quiere esclarecer para no decir la verdad. ¿Sabe usted la causa del abandono de Lili? El orgullo de Goethe, sólo el orgullo. ¿Por qué entonces no lo dice?"... Víctor Hugo escribe á Griffin declinando el honor de corregir su biografía, y sienta esta tesis: "Los hechos inexactos son menos graves á mis ojos que la inexactitud de las apreciaciones." Teníamos el candor de creer que un autor puede, de su biografía, corregir los hechos, y no el juicio formulado sobre su persona. De Walter Scott, está el manuscrito de Kenilworth. Es un documento curioso por su limpieza. Se ve que el autor, después de tener su asunto, escribía de un soplo, sin la fatiga del angustioso esfuerzo.... Las églogas de Chatterton y el *Childe Harold* de Byron están en el mismo escaparate; y en hojas de papel azul, con tachas de bulto, hechas nerviosamente, el último capítulo de la *Historia de Inglaterra* de Macaulay... Después, son pentagramas cubiertos de notas. Mozart, Beethoven, Mendelsohn, tienen originales para órgano, y en caracteres casi microscópicos hay de Wagner el coro del pueblo en *Rienzi*. En el silencio de las páginas de Wagner hallamos la sensación de un respeto religioso que sube y nos envuelve, como si no fuera nuestro espíritu el que solemniza los pentagramas. Los documentos de Napoleón también impresionan. Son bien distintos; pero hay un lazo oculto que une á los grandes conquistadores... ¡Venerable, añejo zumo de la copa española, capa y espadines, galantes discretos, rimados duelos, parlamentos de alas sonoras, Fedéricos y Casandras, Estrellas y Lizardos, Calabazas y Clarines, misterios de los autos, todo esto, sacudiendo el polvo de los siglos, salta, brilla y canta sobre las letras del noble mamotreto! Se lee en lo alto, con grandes letras: "Sin secreto no hay amor;" y en otra línea, con letra

más chica: "Con que la comedia acaba." Y después el nombre, sobre la madeja bullente de una rúbrica. Y hay letras que se destacan con arrogancias y afoites de oficinista; una *L* como un signo del infinito en álgebra, y una *d* en espiral convulsiva, y una *v* como un peinetón de Carey, y una *g* en forma de cola de pavo real, y una *e* como medialuna de estandarte turco, y en el todo: Lope de Vega Carpio. La comedia, que tiene el aspecto de un expediente, es completada por el permiso de representación, firmado por don Juan de Salinas y don Álvaro de Villarroel. Las rúbricas se tiran al agua en el sueño de la inmortalidad. Por último, don Pedro de Vargas Machuca, "de acuerdo con lo anterior," humaniza un poco sus anteojos oficiales, y reconoce en la comedia "fin moral y ameno estilo." ¡Pobre Lope!

Aún hay más de todos los países. Lutero al lado de Washington. Pitt y Milton, El Tasso y Petrarca, Rembrandt y Van Dyck, y en medio de nuestra fatiga, hay sobre los manuscritos animados, como un soplo de resurrección, entre sombras familiares... Después, al alejarnos, el eco de una voz, con el alma de una vida, vuelve á dormirse en las letras, mientras les cae la agonizante luz de la tarde nublada, como un espirital sudario.

ANGEL ESTRADA (HIJO).



Los indios y los negros en el Istmo de Panama

Decadencia de la raza indígena.—Introducción de los esclavos.—Insurrección y sometimiento de Bayano y sus compañeros.

LOS cálculos de algunos historiadores tocados de optimismo, hacen pasar de más de medio millón de almas la población indígena del Istmo en la época de su descubrimiento y su conquista; pero no es presumible que tal número existiera, ni que la guerra por domoñar su fiera, la servidumbre, los trabajos del laboreo de minas, las faenas agrícolas y todo el linaje de sufrimientos que le aparejó su condición de raza inferior, vencida y sojuzgada, la redujera á los extremos lastimeros de decadencia que ya en 1575 hicieron informar al Oidor Criado de Castilla, "que la raza primitiva había casi desaparecido."

La historia del sojuzgamiento no registra para el Istmo las páginas bellamente trágicas y gloriosas que hicieron en el Perú y Méjico héroes de renombre á Manco y á Guatimozín. Batallas como la de Otumba y resistencias tenaces como la de la fortaleza de Tambo, no tuvimos; y si del centro del país no se alzan las figuras legendarias de Pariza y Urracá para patentizar cómo la idea de independencia late también en el pecho del salvaje, la sujeción al dominio de España no habría tenido en todo el Istmo más signo de protesta que las desairadas escaramuzas libradas á los iberos entre los pantanos del Darién y las marismas de la costa de Veragua por un puñado de nativos.

CARLOS A. COWES. == Vendutero Público.

Pero, aniquilada por la guerra, por los trabajos ó por la peste que en muchas ocasiones cobó en ella sus furioses, es lo cierto que la pura raza indígena vive relegada en varias y aisladas porciones del país, refractaria al comercio franco con los demás moradores y fuera de los linderos de la civilización, entre la cual y ella existe aún la muralla formidable del temor, la malicia y el instinto del salvaje, amante siempre de su villorrio, de su selva y de su libertad.

Con todo, forma esa raza suma considerable en la proporción de habitantes de la República panameña, por el núcleo genuino y por el agregado de las especies secundarias á que ha dado origen, por contactos en diversos grados con las que procedieron de Europa y del Africa.

La raza negra es sumando también de consideración en el total de la población de la República. Mas audaz ó mas oportunista que la indígena, su contacto con la raza blanca se ha verificado con menos recelos, pero sin mayores abdicaciones de parte de la una, ni con grandes conquistas sociales que beneficien la otra.

La raza negra—sobre la cual nos permitimos reseñar algunos puntos históricos—vino al Istmo pocos años después de establecerse en él los españoles; y fué el padre Bartolomé de las Casas, Obispo de Chiapas y apellidado el "Protector de los indios" quien urgió la sustitución de éstos por esclavos negros del Africa tropical para el laboreo de las minas y el trabajo de los ingenios. Los naturales de América carecían del vigor físico y fortaleza necesarios para satisfacer las exigencias de torpes y crueles capataces, y durante mucho tiempo los establecimientos portugueses de la Costa de Guinea mantuvieron á flote, con pingües ganancias, el negocio de *negrería* con importación á las Indias Occidentales. Gran número de africanos se llevó desde luego á las Antillas, Guayanas, isla Margarita, costas de Venezuela y de Cartagena, e introducidos en toda la América, también en Panamá. La injusticia y la crueldad pronto los empujó á buscar refugio en las selvas y en lo abrupto de las montañas, donde llevaron una vida nómada, haciendo causa común con los naturales. Entonces, atacados por las fuerzas españolas, ni dieron ni aceptaron cuartel.

A mediados del siglo XVI, los bosques de la vecindad de Nombre de Dios se vieron infestados por estos desertores, quienes atacaban los convoyes del tesoro real en su camino al través del Istmo, derrotando las partidas de tropa regular enviadas en su contra por el Gobernador de Panamá, accechando, emboscados, las caravanas de pasaje ros, á las cuales asaltaban con flechas envenenadas, y mutilando cruelmente, vivos, á aquellos que tenían la poca suerte de caer en sus manos. Organizados como compañías de merodeadores, bien pronto se les aplicó el apelativo de *cimarrones*, tal como eran llamados en Jamaica y la Guayana. Unidos, luego, estos varios grupos bajo una jefatura y una dirección, gran parte del país fué objeto de sus atentados y depredaciones. El incendio, la destrucción, el secuestro y el asesinato, eso dejaban á su paso. Tal era el espantoso terror que inspiraban, que los patrones no osaban castigar á sus esclavos, ni había comerciante que se atreviese á viajar por el camino real, excepto en compa-

ña de 20 ó mas personas, previamente predispuestas á las contingencias de un encuentro con los negros, cuyas filas engrosaban cada día y se armaban mejor. García de Hermosillo fué testigo de una de las muchas atrocidades de los *cimarrones* en 1554, cuando 18 hombres fueron exterminados, entre ellos, el hijo de uno de los Jueces de la Casa de Indias, de Sevilla.

En ese año varios cientos de osos forajidos asolaban el territorio de Tierra firme; pero por este tiempo, el nuevo virrey del Perú, don Andrés Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, llegó oportunamente á Nombre de Dios procedente de España y en viaje para su gobierno y resolvió el sojuzgamiento de los bandoleros.

Poco antes había también llegado á Panamá el Capitán Pedro de Ursúa, valiente y distinguido soldado, fundador de la ciudad de Pamplona en el Nuevo Reino de Granada, víctima de la inquina y de la persecución de sus enemigos y rivales. El virrey creyéndolo injustamente perseguido y reconociendo sus eminentes cualidades de valor y resolución, lo autorizó para levantar tropas y marchar contra los delincuentes. De acuerdo con esto y auxiliado por el Gobernador de Panamá, Ursúa logró equipar una fuerza de más de 200 hombres y salió para Nombre de Dios. Los *cimarrones* unidos constituían un verdadero ejército bajo el mando de Bayano, tipo de su misma raza, de singular bravura, electo rey por aquellos salteadores, que ocupaban, en número que excedía de 600, las montañas entre el Playón y Pacora.

Al saber que el intento de los españoles era el de batirlos en regla, Bayano y los suyos se retiraron lenta y cautamente á las cabeceras del río que baja por Chepo y Teráble, con el objeto de fatigar á los contrarios en difíciles marchas, apostándose en emboscadas en cada sitio y acometiendo al adversario en seguidos encuentros: los negros peleaban con desesperación y fiereza, y los españoles avanzando con la serenidad de bien disciplinados y resueltos soldados.

No era obra de una batalla la terminación de esta guerra, pues los negros, avezados á todo género de privaciones y dueños de miles ardides, sostuvieron con tenacidad las hostilidades. Por dos años condujo Ursúa la campaña con infatigable perseverancia, y por último, rodeó el resto de los *cimarrones* y los compelió á pedir la paz, mediante algunas condiciones, tales como la de que los nacidos en el territorio que ellos ocuparon, serian libres, y que los demás volverian á la potestad de sus antiguos dueños.

Bayano, prisionero, según se infiere por traición de los suyos, fue conducido ante las autoridades de Panamá, y luego remitido á España, donde murió, legando su nombre al río en cuyas fértiles riberas libró sus mejores hazañas.

Ursúa siguió á Lima ya entrado el año 1558, de donde continuó en una expedición por el río Amazonas, pereciendo de muerte violenta á manos del tirano Lope de Aguirre, el 1.º de Enero de 1561.

En 170 antiguos compañeros del célebre Bayano, fundaron la población de Santiago del Príncipe, á pocas leguas de Portobelo, y después de un corto período de paz, volvieron de nuevo al campo reforzados por otros negros descontentos y maltratados en las minas, cometiendo depredaciones

tales, que el rey de España resolvió una guerra de exterminio contra ellos y sus aliados. En cédula de 23 de Mayo de 1578, nombró á su factor y vecedor, Pedro de Ortega y Valencia, Capitán General de las tropas levantadas con tal propósito, con instrucciones de no desistir hasta que los rebeldes fueran materialmente vencidos.

El real tesoro arbitró los fondos para la campaña. Los gobiernos de Panamá y contiguas provincias de Quito y Cartago fueron encargados de proveer todos los auxilios. Los españoles tuvieron en la empresa solo un éxito parcial, y al año siguiente, el rey consideró necesario urgir al Presidente y á los oidores de la Audiencia de Panamá, la renovación de los esfuerzos; pero en vano, pues los *cimarrones*, en consorcio mas tarde con los corsarios ingleses, fijaron por muchos años cartel de desafío á las autoridades españolas de Panamá.

S. J. B.

Rondeau

POR CARLOS G. AMEZAGA.

Tus ojos de lirio dijeron que sí;
tus labios de rosa dijeron que nó;
al verme á tu lado muriendo por tí,
tus ojos de lirio dijeron que sí.

Auroras de gozo rayaron en mí,
mas pronto la noche de luto volvió:
tus ojos de lirio dijeron que sí,
tus labios de rosa dijeron que nó



DARIEN. - VISTA DE UNA LABRANZA EN PUNTA ALEGRE.

Americanismo en el lenguaje

(Continuación).

Las épocas de grande agitación política son naturalmente impropicias al cultivo meditado y laborioso de las letras, porque excitando pasiones ardientes y poniendo en ebullición ideas nuevas, favorecen la inspiración lírica y la elocuencia oratoria, y comunican á la lengua un calor y mo-

vimiento que en el ulterior desenvolvimiento de la literatura suele ostentar su fecundidad benéfica. "Las más bellas creaciones de imaginación," dice Macaulay, (1) "aparecieron siempre en tiempos de convulsiones políticas, así como las vides más lozanas y las más aromosas flores nacen en terrenos fertilizados por las erupciones volcánicas." Así en el primer tercio del siglo, en medio, y á virtud, de la guerra de independencia en la Metrópoli, y de la guerra de emancipación en las

(1) On Dante.

colonias, inicióse en éstas, lo mismo que en aquella, un movimiento literario que continuó por algún tiempo con éxito dichoso, y cuyos resultados benéficos sentimos todavía. La literatura científica se anunció antes de la revolución y en cierto modo la preparó, en *El Semanario*, dirigido por Cálidas y otros sabios neo-granadinos, en esta ciudad de Santafé (año 1808 y siguientes), y después de ella se ostentó con nuevo brio, y mayor galanura poética, en la Biblioteca y Repertorio Americano, que Bello y García del Río, con otros distinguidos escritores, así americanos como españoles, (1) publicaron en Londres en los años de 1823-1828. Estas publicaciones no han sido después, preciso es confesarlo, superadas ni emuladas por otras análogas. Tampoco hemos tenido después cosa alguna comparable con el *Canto á Junín*, de Olmedo, ni con las *Silvas americanas* de Bello. Fernández Madrid y Vargas Tejada en Colombia, Varela en Buenos Aires, compusieron, conformándose á las reglas clásicas, tragedias que si bien dejaron mucho que desear, eran pasos de gigante en un arte no cultivado antes en América y que no ha podido después aclimatarse en nuestro suelo. Sólo la historia filosófica, la crítica literaria, que vienen siempre naturalmente después de la poesía, han comenzado á aparecer mucho después de aquella época, con débiles y modestos principios, merced á esfuerzos individuales de literatos que lograron recoger su espíritu en medio de la desazón y malestar en que viven sociedades mal gobernadas que no han conseguido echar sólidos fundamentos de paz y bienandanza.

Jamás miraron con desamor la lengua de Castilla los próceres de la independencia americana. En materia religiosa, si bien la adhesión á la fe católica prevaleció siempre en comicios y asambleas, (2) hubo disidentes, ya disimulados, ya francos. Pero en punto á lenguaje no se presentaron asomos de cisma; nadie imaginó siquiera que la lengua española dejara de estudiarse y cultivarse como lengua nativa de los americanos. Olmedo, que hablando por boca del Inca, llevó la pasión política al extremo, diciendo

¡Guerra al usurpador! Qué le debemos?
¡Luces, costumbres, religión ó leyes?

hizo excepción implícita, ni podía dejar de hacerla sin condenarse así propio, en favor de la lengua en que escribió su canto inmortal, y en la que, con tan florida elocuencia como repugnante incorrección intrínseca, hacia hablar á Huaina-Capac.

(3) Cálidas, al trazar el plan de las escuelas de primeras letras que él denominaba Escuela de la Patria, hablando de la 3.ª y 4.ª clase de escribir, decía: "Los libros más á propósito por la buena instrucción que producirán serán los de la historia de la Nación, y entre las muchas que están escritas se preferirá la del Padre Duchesne, traducida por el Padre Isla con las notas críticas y los extractos de cada libro en versos; se les harán

aprender éstos de memoria á los niños... Continuará el niño en esta clase la lectura útil y agradable de la historia Nacional, como la de algunos poemas morales y críticos, como el Hombre Feliz del Padre Almeida, la Conquista de Méjico por Solís, ú otros, en los que el niño aprenderá no solo buenos preceptos morales sino á hablar con pureza nuestra lengua española. A este fin contribuirán mucho las lecciones de memoria de la Ortografía de la Real Academia." (1) Bello, aficionadísimo desde niño á la lectura de Calderón y otros escritores clásicos, había comenzado ya á acopiar datos que sirvieron de base, más adelante, á su tratado de la conjugación castellana, á sus opúsculos sobre el Poema del Cid, sobre versificación y etimologías en diversas publicaciones esparcidas, y á su Gramática, libro que ha alcanzado reimpresiones en España, y que hace muchos años sirve de texto para la enseñanza del idioma en Colombia y en Chile. Como á amigo personal y literario de Bello, citaremos aquí á don José Joaquín de Mora. Si bien natural de Cadiz, abogó Mora la causa de la independencia de América, y residió en las Repúblicas australes largos años, ya redactando periódicos, ya dirigiendo casas de educación. Es uno de los escritores más castizos del siglo XIX, y de aquellos á quienes más servicios debe la causa de la lengua castellana en estas regiones cismarinas. Cuando volvió á España, y á su ingreso en la Academia Española, se le consideraba menos español que americano. Su discurso de recepción en aquel cuerpo, fué un valiente ataque al neologismo. Pero distinguiendo en éste el vicioso y empobrecedor del progresivo y legítimo, escribió muchas definiciones para el Diccionario, singularmente las que tienen relación con pueblos, usos y costumbres de América (2).

Hubo de correr medio siglo, y de consumarse irrevocablemente el hecho de nuestra emancipación política de España, sin que voz alguna que yo sepa, sonase en América en defensa de una soñada emancipación de la lengua castellana. Las innovaciones ortográficas que escritores notables propusieron é intentaron, nunca se estimaron por sus autores agresivas á la unidad esencial del idioma. Partían del buen deseo de perfeccionar la lengua; estimábanse aquellas reformas como un desarrollo de las que introdujo la misma Real Academia Española, y aspirábase á que se adoptasen universalmente á fin de evitar funestas divergencias. Solo en los folletos de Sarmiento traspira espíritu revolucionario. Pero los conatos de este reformador fueron posteriores á la época de la guerra, no tuvieron séquito, y bien examinados son un hecho aislado que confirma nuestro aserto. El patriotismo americano nunca atentó contra la unidad y pureza de la lengua. No cubramos, pues, con capa de celo americano á los enemigos, si los hay, de nuestra lengua; que en achaque de patriotismo sería loca soberbia querer competir con el instinto seguro y clara visión de los varones ilustres que fundaron la independencia, sellándola con su sangre.

Por fortuna no ha caducado en nuestra América la religión del respeto en materia de lengua

1 Salviá, Mondibil, &c. Nueva comprobación de la fraternidad natural de las letras españolas y americanas.

2 Creemos haberlo demostrado en una serie de artículos sobre "el ensamamiento de los Próceres."

3 El canto á Bolívar está lleno de "diestras imitaciones en que se descubre una memoria enriquecida," no solamente "con la lectura de los autores latinos y especialmente de Horacio" (Bello), sino también con la de los poetas españoles. Cuando Olmedo da á Bolívar el título de "Arbitro de la paz y de la guerra" no hace otra cosa que copiar un verso de Quevedo.

1 Semanario de la Nueva Granada, edición de París, 1849 pags. 83, 84.

2 Memorias de la Academia Española, vol. I, pag. 113.

je. Estímase indispensable el estudio de la Gramática, y granjea general aprecio á los escritores públicos la pura y castiza elocución. Este sentimiento, dominando en las clases cultas de la sociedad hispano-americana, es el más eficaz mantenedor de la unidad de la lengua. Alimentemos este fuego sagrado, y trabajemos de consuno porque ignorancia ciega, glacial positivismo, y orgullo nacional mal entendido, no consigan extinguirlo ni amenguarlo.

Gregorio Gutiérrez González, el cantor popular de Antioquia, no sé si con más vanidad provincial que ingenua modestia, dijo:

Yo no escribo español, sino antioqueño.

Sería de temerse que esta línea pervirtiese el juicio de los apasionados del dulce cantor de Julia. Diríase al leerla, que los antioqueños hablan su dialecto propio; que en éste escribió Gutiérrez González; y llegaríamos á imaginar que la Musa dialéctica sabe dispensar en América á sus cultivadores tanta fama como la castiza Musa castellana á los suyos. Error: Gutiérrez González escribió en castellano; y por eso se leen y se entienden sus versos no sólo en Cundinamarca ó cualquiera otro de nuestros Estados, lo mismo que en Antioquia, sino en el extranjero tanto como en Colombia. Gutiérrez González sembró á las veces en sus poesías términos provinciales, y de que así lo hiciese, con mucho ó poco acierto, no se sigue que hablase dialecto. Tienen los poetas el privilegio, ó más bien, poseen el arte, cuando de veras son poetas, de enriquecer la lengua lo mismo con palabras arcaicas que con vocablos provinciales, dándoles grato aspecto y sonido, merced á una *callida iunctura*. Dante y Goethe emplearon adrede en sus obras provincialismos, y así formó aquél la lengua toscana y éste enriqueció el alemán. Andrés Bello, el más castizo y correcto de nuestros poetas, uso en sus Silvas mayor número talvez de voces americanas que Gutiérrez González en todas sus poesías (1) Milanés no es menos provincialista en sus términos, y su galana poesía no deja por eso de tener excelente sabor castellano. En la *Memoria sobre el cultivo del maíz* cargó la mano el poeta antioqueño, usando al par de términos locales,

1 Compárense por ejemplo estos conocidos asajes:

Conoces tu la flor de "batatilla?"
La flor sencilla, la modesta flor?
Así es la dicha que mi labio nombra;
Crece en la sombra,
Mas se marchita con la luz del sol....

No hay sombras para tí! como el "cocuy"
El genio tuyo ostenta su fanal:
Huyendo de la luz, la luz llevando,
Sigue alumbrando
Las sombras mismas que buscando va.

G. G.

O del "socuy" las luminosas huellas
Viese andar en el aire tenebroso,
Y del lejano "tauto" a mis oídos
Viniera el son del "yaravi" amoroso.....

De sus racimos la variada copia
Rinde el palmar, de azucarados globos
El "zapotillo", su manteca ofrece
La verde "paita", da el "añil" su tinta,
Bajo su dulce carga desfallece
El "banano", el café el aroma acendra
De sus albos jazmines, y el "cacao"
Caja en urnas de púrpura su almendra.

A. B.

frases de baja y grosera institución: abusó del privilegio, vició y aplebeyó el lenguaje poético; pero así y todo, no escribió en dialecto propiamente dicho. Guardémonos de confundir la vulgaridad, ó heces de toda lengua literaria, con las lenguas congeneradas, circunscritas y menos nobles ó dialectos. Y guardémonos, de igual suerte, de equivocar en un escritor de fama, las bellezas con los defectos. Gutiérrez González tiene ternura, ingenuidad y gracia: hay blandura en sus sentimientos, y melodía en sus versos. A estas condiciones felices debe su merecida reputación, no á corrección y elegancia, ni á grandeza de imágenes, ni á profundidad de doctrina, dotes de que carecen sus producciones. Ingenio privilegiado, pero imperfecto artista, habría alcanzado mayor gloria si hubiera sabido manejar mejor el órgano peregrino que da forma sensible y sonora á la inspiración.

Si la idea de cultivar un dialecto determinado ha asomado apenas la cabeza en alguna línea como la citada, en que pocos pararán miente, la idea de considerar dividida la lengua en dos grandes dialectos, peninsular y americano, más amplia y grandiosa, si bien utópica, ha podido cautivar simpatías desde que un escritor ilustre y benemérito de las letras americanas supo darle resonancia. Nombrado el señor don Juan María Gutiérrez miembro correspondiente de la Real Academia Española, no tuvo á bien aceptar el nombramiento, y devolvió el diploma, con carta que al Secretario de la Corporación dirigió de Buenos Aires el 30 de Diciembre de 1875. En este documento expone su autor los motivos, de celo americano, que le determinan á no aceptar "el favor—son sus palabras—con que han querido distinguirme considerándome capaz de contribuir á los fines de esa afamada Corporación." La carta del señor Gutiérrez, ya por la importancia del nombre que la autoriza, ya por la circunstancia de ser aquella la primera vez que un americano rechazaba el título honroso de miembro de la Academia Española, se reprodujo en casi todos los diarios de la América Latina. Y si bien la crítica severa con que por la mayor parte de ellos fué comentada patentiza la impopularidad de la idea, elogios si bien lacónicos, que otros la dispensaron, manifiestan que existen adictos á las opiniones que el señor Gutiérrez consiguió allí, y que, por lo tanto, llegado es el momento de debatir la cuestión y poner en su punto la verdad.

El señor Gutiérrez en su carta á la Academia deja entender que las opiniones que en ella sostiene no son las de los literatos de América. "Descubro ya un espíritu, que no es el mío, en los distinguidos literatos sud-americanos, especialmente de la antigua Colombia, que han aceptado el encargo de fundar Academias correspondientes de la de Madrid. Algunos de ellos me honran é instruyen con su correspondencia, y á los más conozco por sus escritos impresos. Advértoles á todos caminar en rumbo extraviado y retrospectivo con respecto al que debieran seguir, en mi concepto, para que el Nuevo Mundo se salve, si es posible, de los males crónicos que afligen al antiguo."

MIGUEL ANTONIO CARO.

(Continuará).

CARLOS A. COWES. = Compra Perlas y Brillantes

Olvidada

POR R. MIRO

Irguiose trémula en el blanco lecho,
como presa de horrible pesadilla,
y una lágrima ardiente de despocho
resbaló por su pálida mejilla.

Miró al pasado con febriles ojos,
quiso forjarse una época preciosa,
pero halló palpitantes los despojos
de su vida de hetaira borrascosa.

Y con la voz fatídica y profunda —
de su razón los últimos destellos —
así dijo la loca moribunda,
apartando del rostro los cabellos:

“Naci para sufrir ¡oh triste sino
aquel que cupo á mi menguada suerte!
¿Por qué de un golpe no selló el destino
mi primera sonrisa con la muerte?...”

Dí mi ternura y mi inocencia á un hombre
que cruel se burló de mi caída...

Yo he adorado el recuerdo de su nombre
aunque ha sido el veneno de mi vida.

Como impasible siempre me seguía
la sombra funeral de mis amores,
quise encontrar en medio de la orgía
un alivio al ardor de mis dolores.

Más fué solo una plácida quimera
que forjara en mis noches de espejismo,
porque el íntimo mal que me lacera
consumía mi débil organismo.

Me detuve un momento en la pendiente;
quise purgar mis faltas en el ara,
pero el mundo, marcándome en la frente,
el anatema me estampó en la cara.

Y desde entonces sin razón ni freno,
oyendo las burlescas carcajadas,
pisotee, de los vicios entre el cieno,
las flores del pudor desmenuzadas.

Muero llevande dentro el pecho mío
odio á esa sociedad que torpemente
aplaude al criminal y le dá brío
insultando la víctima inocente....”

Y apagose el fulgór en la mirada,
y el eco se extinguió de sus clamores,
y se agitó la triste, la *olvidada*,
en el lecho glacial de sus dolores

Poco después una sonrisa yerta
brillaba en el semblante de la loca,
porque era la sonrisa de la muerta
una lágrima helada entre su boca.

Marzo de 1904.

Corea

AHORA que se han entablado sin remedio las hostilidades y que el cañón ha vencido los últimos escrúpulos del gobierno ruso para responder á las provocaciones japonesas, la atención un tanto ansiosa del mundo civilizado se dirige hacia Corea.

En efecto, la pequeña península asiática será el teatro escogido para esta gran lucha sangrienta y más mortífera que todas las que hemos podido ver desde hace treinta años. Objeto de los anhelos rivales de sus dos vecinas, desarmada ante su doble poderío, á Corea no le cabe más que aguardar sin resistencia el desenlace de la trágica disputa en su territorio, que estará pronto devastado. ¿Tendrá más tarde este paísecito resignado algún motivo para felicitar-se de la nueva suerte que le tiene reservada la guerra? En momentos en que ambos beligerantes atraen por el estruendo de sus armas la atención más ó menos simpática de Europa, merece un poco de piedad el “País de la Mañana tranquila,” doblemente digno de despertar interés, por su pasado que permanece envuelto en cierto misterio, y su porvenir que está en juego.

Desde luego no es ninguna novedad observar hasta qué punto la situación geográfica de Corea parecía condenarla á convertirse en un territorio litigioso que, por decirlo así, se presta en todo tiempo á las disputas de las potencias. Desde el día en que se agravaron los primeros síntomas del desmembramiento de China, y en que el virreinato de Manchuria se bamboleó á impulso de los asaltos del extranjero, el pequeño pueblo coreano, aislado en su península montañosa, no pudo forjarse ilusiones acerca del peligro creciente que corría su independencia.

El avance lento, pero seguro y continuo que las muchedumbres rusas hacían cada año al través de toda la Siberia y después de toda la Manchuria, hacia su frontera indefensa, era lo bastante significativo. Rusia ha sabido siempre conformarse con el beneficio del momento, nacido de su último esfuerzo; pero esta cualidad no atenúa en ella las miras de su legítimas ambiciones, y su política en el Extremo Oriente, durante los últimos quince años, ha dejado ver hasta dónde puede llegar tan paciente y encarnizada labor.

Habiendo defraudado sus esperanzas la creación del puerto de Vladivostock, bloqueado todos los años por el hielo, esperó la oportunidad propicia para establecerse más al sur y fundó á fuerza de millones sus nuevas ciudadelas marítimas de Puerto Arturo y Dalny; pero aquí también el clima contraría demasiado sus esfuerzos y la situación geográfica no la indemniza lo bastante. Al puerto de Dalny lo obstruye también el hielo durante varios meses todos los años, y, situado casi en el fondo del saco que forma el Mar Amarillo, no se presta al gran movimiento comercial transoceánico por no estar en situación bastante favorable para hacer la competencia, con indiscutible supremacía, á los grandes puertos anglo-chinos como Shang Hai. Desde luego debía bro-

tar en el ánimo de los diplomáticos rusos la ambición muy natural de avanzar hasta la punta de esa minúscula península coreana, á cuya frontera habían llegado con tanto trabajo, para continuar en ella la apertura victoriosa de su ferrocarril trascontinental hasta Masampo, que es un puerto maravilloso, que el invierno respeta.

He aquí la descripción que hace de este puerto un viajero, M. Villetard de Laguerie:

"A treinta kilómetros al suroeste de Fusán, al amparo de las islas Koye y Kaek, se abre en la costa coreana un canal angosto, el Douglas Inlett. Tiene veinticinco kilómetros de largo, un término medio de tres de anchura y desemboca por un paso estrecho, llamado Gate, en una inmensa bahía en que el agua no tiene menos de ocho metros de profundidad. Está resguardada en el centro por una isla denominada Satao; al norte hay un canal y, subiendo por él un estrecho de seis kilómetros, se llega á una segunda bahía en que desemboca un río.

"Hay allí tanto espacio como en Talién Wan, en donde he visto, en 1895, moverse á sus anchas un centenar de grandes vapores y veinte navíos de guerra, cuyas evoluciones dejaban libre más de la mitad de la bahía. Masampo es un estanque de Berre, sin arena."

Allí está la llave de Corea, lo que equivale á decir, por consecuencia directa, que Corea es la llave del continente asiático. No hay que sorprenderse, pues, de que sea objeto de esta contienda violenta.

*

A pesar que durante siglos Corea no ha sido más que una provincia, el pueblo coreano se distingue de manera muy marcada de los habitantes del Celeste Imperio. Se notan en Corea dos razas esencialmente distintas. Uno de los tipos, y es el más común, tiene en la fisonomía y en el conjunto de las facciones todos los caracteres de la raza mongólica: la nariz corta, aplastada á la raíz y terminada por anchas ventanas; los ojos tirantes, los pómulos muy salientes, la piel amarilla y la barba escasa. El otro tipo, por lo contrario, recuerda en un todo la conformación europea por el corte de la cara, la abertura de los ojos, el color pálido de la piel y la abundancia de la barba. Este tipo, mas bién caucásico, se considera entre los coreanos como el sello indiscutible de un origen aristocrático.

La lengua coreana difiere asimismo del chino, del japonés y de los otros idiomas limítrofes. Se conoce mal su vocabulario y tan sólo algunos misioneros poseen luces sobre este punto, por la obligación en que están de vivir con el pueblo. En efecto, en Corea misma, el chino es la lengua de los estudios, de la diplomacia y de las clases superiores. Estas últimas gozan de privilegios muy extensos y la nobleza coreana se diferencia de las categorías inferiores del pueblo de una manera casi tan neta como sucede en la India con las castas. El traje, la lengua, las costumbres, la escritura misma, todo aísla al señor de su súbdito. El mandarínato y el privilegio de los letrados, importados de China, han agravado esta división, que no ha podido modificar la introducción del budismo. Los vestidos son de hilo, de algodón ó de seda, según el rango del personaje, el cual no tiene el

derecho de escoger el color. Cada funcionario tiene el suyo, obligatorio y distintivo según su grado. El pueblo viste de blanco.

Cabe aquí hacer notar la función considerable y bastante imprevista que tiene el papel en Corea. Su empleo es universal y de lo más vario. Con él hacen sombreros, paraguas, sacos, mantos, vidrios y hasta puertas. Fabricanlo con algodón y es casi tan fuerte como la tela. Sus múltiples usos hacen que sea la principal industria del país y, fuera de ella, podría citarse apenas la fabricación de algunos tejidos de seda.

En el cultivo del arroz, de fibras, del moral y del tabaco se ocupa la mayor parte de la población, que se conforma con muy poca cosa. La exportación coreana realiza grandes beneficios sobre todo con metales: oro, plata, cobre y hierro, que son extraídos de las montañas. Hay que añadir también los productos que resultan de la venta del *ginseng*. Llámase así una raíz á la cual la farmacopea oriental atribuye, tal vez con razón, maravillosas propiedades excitantes y reparadoras y que se vende materialmente á peso de oro.

De este modo viviría, en medio de sus facnas agrícolas y de sus provechos fáciles, este paisecito poco exigente, si los enconos rivales de sus vecinos no hubiesen venido á perturbar su calma tranquila. Estos ocho ó diez millones de hombres, esparcidos en un territorio bastante fértil, que representa más ó menos dos quintas partes de Francia, pagaban desde hace largos años tributos alternativos, unas veces á China, otras al Japón. Indolentes y desprovistos de ambición, dejaban sin cultivo la mitad de su territorio, contentándose con vivir de las riquezas del subsuelo.

Por esto, desde tiempo inmemorial alberga el Japón el deseo de colonizar la península coreana. Los japoneses la invadieron en diversas ocasiones con las armas en la mano arrebatándola á la feudalidad china, que algunos años después se la volvía á quitar. Los intervalos que mediaban entre estas crisis guerreras, las influencias rivales mantenían en Corea una agitación perpetua, y todo permite creer que actualmente sucede lo mismo.

Sin embargo, en 1894, con motivo de la última guerra chino-japonesa, aparecieron sociedades secretas coreanas, que desempeñaron un nuevo papel en la península. La secta llamada de los "Tong Hak," particularmente, formó numerosos centros de insurrección en varias ciudades del sur, y con pretexto de religión sublevó 20 ó 30,000 hombres, que abiertamente amenazaron con expulsar á los extranjeros. El gobierno de Seúl pidió protección á su señor feudal, China, y algunas tropas de esta nación vinieron á restablecer el orden. Este hecho fué para el Japón pretexto suficiente para desembarcar también algunos regimientos y el conflicto se agravó hasta la apertura final de las hostilidades.

Bien se recuerda cuál fué el desenlace y cómo el tratado de Simónasaki obligó á China á reconocer la independencia de Corea, convertida en aliada del Japón.

El levantamiento parcial y abortado de los boxers coreanos, que había sido causa de la guerra, no es por otra parte un ejemplo aislado de bravura en la historia del pueblo coreano, que varias veces ha intentado reconquistar su inde-

pendencia contra sus invasores; pero sus medios demasiado cortos, la debilidad de su ejército y la falta total de un verdadero caudillo, siempre le han impedido lograrlo.

El ejército coreano, que se parece al chino en su organización, disciplina, armamento y hasta en el traje, tiene la fama de ser muy valiente. Además, la fabricación de armas es muy del gusto de los coreanos, que han sabido también sacar ventaja de la estructura montañosa de su país para fortificar sus costas con ingeniosidad: pero ¿de qué sirve esta valentía de un corto número de hombres contra la poderosa organización de sus adversarios?

En su palacio de Seúl, la capital coreana de tortuosas calles, el emperador sólo piensa en atender los consejos de su señor feudal del momento, sin comprometer de una manera demasiado decisiva sus intereses comerciales. Como en la actualidad Rusia y Japón son sus mejores clientes, si pone oídos á los consejos del mikado, lo hace con el deseo de no contrariar al gobierno ruso.

En 1895 vió asesinar en ese mismo palacio á la emperatriz Taon Lang Dao; él mismo tuvo que buscar refugio en la legación rusa de Seúl; ha presenciado la invasión de su territorio por 22,000 japoneses por un lado, y otros tantos rusos por otro: ha visto al mikado comprar á los americanos la línea férrea construida en 1890 entre Seúl y Chemulpo y hacerse así dueño de los transportes de su imperio. Se ha visto en la obligación de abrir al comercio extranjero sus puertos, hasta entonces cerrados como los de la China. Masampo, Chinampo, Svengching y Mokpo quedaron abiertos. En el mismo Masampo tuvo que poner en venta concesiones análogas á las que limitan á Shang Hay, Hong Kong ó Tien Tsín y en las cuales pueden establecerse los extranjeros. Los rusos compraron en ella 16,000 metros cuadrados y los japoneses 13,000.

Y en su palacio de Seúl, rodeado por una antigua muralla simbólica de quince kilómetros de circuito, por dos metros de ancho, en medio de su corte rancia de mandarines y altos dignatarios, al emperador de Corea no le queda más recurso que ponerse á esperar de qué lado le vendrá el ultimatum.

(De *Pandemonim*.)



Ecos de la Quincena.

Antes de escribir los *Ecos* de esta quincena, pienso y medito con tristeza en lo poco apreciado que es—talvez por costumbre, quizás por otro motivo cualquiera—el trabajo de un cronista social que debe siempre satisfacer á los lectores y evadir á todo trance el caer en vulgaridades que repugnen ó en esa rutina vieja y gastada de los gaceteros comunes, rutina desesperante, que inspira cansancio é infunde, con su monotonía, completo fastidio.

“El trabajo del artista como el placer voluptuoso—dice un colega—deleita y mata; se goza y se padece: porque no se atina á redondear un pensamiento de manera concisa y gallarda; porque la forma ó ropaje no guarda, por exceso ó defecto de colorido, ritmo ó sonoridad, armonía con la idea ó concepto informadores.” Si; se sufre con todo esto y además porque se teme ser crudo, no agradar, ser cansado ó poco explícito y dar espacio á interpretaciones capciosas y antojadizas.

Todo esto se padece sin encontrar ni un solo sentimiento que impulse al cronista y le dé nuevos bríos para la lucha; sin embargo . . . se escribe. La tarea es difícil pero se hace: acaso los tontos dirán desde su solio: eso es fácil; otros, más tontos todavía, preguntarán: ¿para qué escribes? y entre tanto los de más allá, los analfabetas, la chusma numerosa, se manifiesta como siempre indiferente ante el esfuerzo, el afán noble y digno de loa de quien quiere *ser algo*, romper por su propio esfuerzo el medio-ambiente inútil en que se vive, y surgir . . . surgir, aunque sea paulatinamente, pero con firmeza, sobre buenos cimientos, para llegar arriba, á la cima y desde allá, abrazado al triunfo, reír, reír, con risa volteriana, de esos que quedan abajo, en la zona tristísima de los que fueron llamados . . . pero no escogidos.

*

Consulta ahora mi cartera de cronista y entre un apunte y otro leo este sonetillo escrito por mí hace pocos días:

BIBELOTS.

Llena de envidia talvez
O modesta y ruborosa,
De tu cabello á tus piés
Rodó una encendida rosa;

Una mano presurosa
La levantó, y muy cortés:
“La guardaré por hermosa”
El galán dijo después.

Y yo ignoro por qué ahora
Pienso, con firme tesón,
En esa flor seductora,

Que fué bella; que hoy no existe
Y es todavía una ilusión
Muy simbólica . . . y muy triste.

Por qué escribí estos catorce versos? Yo no lo sé ni quiero recordar el motivo que á ello me impulsó; el caso es que escritos están y ahora los público sin pretensiones de ninguna naturaleza y recordando aquello de San Pablo que cita Tolstoy en la primera página de su “Sonata á Kreutzer.”

×

La Quincena, periódico literario que se edita en San Salvador, dice entre otras cosas, con respecto á EL HERALDO DEL ISTMO, lo siguiente:

“Acaba de entrar Panamá en la vida de las naciones independientes, y ya empieza á sentirse allí movimiento literario, con tendencias moder-

nas; y sueltas las alas de sus ingenios, vuelan éstos con donaire por los cielos de la poesía y del arte. De ello da testimonio EL HERALDO DEL ISTMO, quincenario ilustrado que dirige Guillermo Andrevé. No tiene esta revista el sello que caracteriza á las publicaciones de su índole que se publican en Bogotá. De aquellas se diferencia mucho, como si hubiera preconcebido intento de romper los viejos moldes y crear, al igual que una República nueva, nuevos procedimientos en materias literarias, que apartándose de los ejemplos de los serenos escritores de allá del corazón de Colombia, propenden á la forma brillante, que deslumbra con sus colores de cielo tropical en incendio momentáneo, sin cuidarse mucho de dar al cuadro matices de una tonalidad que en sí reuna condiciones de arte clásico duradero.

Refleja EL HERALDO toda la vida nueva y febril de Panamá, en hojas muy nítidas y con grabados perfectos; hojas y grabados que no los tienen más tersas ni más perfectos las revistas de Bogotá, donde, dicho sea de paso, el *magazine* moderno, adivinado por Urdaneta años hace en *El Papel Periódico*, no ha logrado todavía ponerse en situación, ya no digamos de competir, de igualar siquiera á los de Cuba, Argentina, Perú y México."

Agradecemos al colega sus frases galantes y sus bondadosos elogios con tanta mayor razón cuanto que, por venir de persona tan autorizada, tienen un mérito que nosotros sabemos apreciar debidamente.

x

Acusamos recibo á Don Rodolfo Aguilera de su folleto *Documentos históricos relativos á la fundación de la República de Panamá* en el cual con suma laboriosidad ha reunido todo aquello que tiene relación con el acontecimiento importante de nuestra transformación política.

Don Francisco Filós también nos remite su folleto *Causa Célebre* circulado ultimamente y que hemos leído con bastante atención.

A ambos caballeros agradecemos el envío.

x

La Ola es el nombre de un nuevo quincenario que se publica en Colón y que galantemente llega hasta nosotros, dedicándonos en su primer número un bello párrafo muy de agradecer. Al retornar su visita al colega y deseársle larga vida, justo es presentarles nuestros agradecimientos á sus Redactores, así como al de otro colega de la misma ciudad, *La Nueva Era*, que también se ocupa de EL HERALDO DEL ISTMO en términos generosos.

x

Publicamos hoy un interesante artículo titulado *Los Negros y los Indios en el Istmo de Panamá*, original de un inteligente cuanto modesto amigo y compañero de letras. No dudamos que ese estudio será del agrado de nuestros lectores y que la buena acogida que obtendrá con seguridad, ha de ser estímulo para que continúe favoreciéndonos con otros semejantes.

x

En nuestro próximo número continuaremos la publicación del notable estudio histórico *El Canal de Panamá* que expresamente para EL HERALDO DEL ISTMO escribe Don Enrique J. Arce. A causa de estar ocupado en reunir nuevos é importantes datos sobre la materia, se ha visto obligado su autor á suspender, tan sólo por este número, la continuación de su estudio.

El trabajo del ilustrado amigo Arce, concienzudo é interesante en alto grado, ha recibido del público la acogida que se merece; y creemos que no estaría demás la publicación de él en folleto, para lo cual no dudamos que tendría el apoyo de nuestro Gobierno.

*

Guayaquil Artístico, publicación notable de las riberas del Guayas, nos ha visitado últimamente. Agradecemos el canje.

*

Rigoletto, *El Vocero* y *La Defensa*, publicaciones de Barranquilla, Cartagena y Bucaramanga también nos han visitado. Retornaremos su atención á esos órganos de la prensa colombiana.

x

Y ahora, para terminar, una grata nueva: la Dirección de EL HERALDO DEL ISTMO va á abrir un certámen desde el próximo número, con el objeto de averiguar cual es la señorita más bella de la sociedad panameña.

El jurado escrutador lo formarán tres aptos é ilustrados caballeros, cuyos nombres se conocerán á su debido tiempo y las papeletas de votos se repartirán por duplicado junto con cada uno de los cuatro próximos números de esta publicación.

Las demás condiciones del certámen las publicará EL HERALDO en su número correspondiente al día primero del entrante Mayo.

Y después—; ah mi virgen pálida!—el retrato de la vencedora adornará las páginas de esta Revista....

Romeo.

Correspondencia.

O. V. A. Ciudad.—Su rondel HORAS NEGRAS es verdaderamente bello y prometemos á usted darle cabida en el próximo número.

S. V. Ciudad.—Le recordamos su promesa. Ustedes los artistas, amigos del *far niente*, viven en un mundo ideal, lleno de pereza y de ensueño. Cariñosamente lo excitamos al cumplimiento de su oferta que á lo espontánea debe unir lo oportuna.

A. D. Ciudad.—La idea que abriga usted sobre las reproducciones no es justa. No se escapa á su claro entendimiento que una bella poesía de Silva, Casal ó Rubén Darío, ó un artículo ma-

CARLOS A. COWES. = Agente Comisionista.

gistrado de Angel Estrada (hijo), Oscar Wilde ó Pedro Emilio Coll, completamente desconocidos para nuestros lectores valen más, mucho más, que multitud de boberías inéditas. En lo que sí estamos de acuerdo con usted es en no reproducir nada de lo publicado ya en la localidad.

F. M. A. Ciudad.—No va ahora su poesía. Nuestro público es poco amante del verso, que es preciso administrarle en dosis homeopáticas. Quedan para otro número.

F. E. Ciudad. Tampoco aparece su rondel. Muy luego le daremos cabida.

R. A. Ciudad.—Estamos cansados de recibir composiciones malas para su publicación; sus versos figuran en el número y la Junta Revisora los encontró dignos del cesto. En general no estamos dispuestos á publicar en adelante tanto verso y si resultan tan indigestos como los suyos mucho menos.

J. L. Ciudad.—Han sorprendido su buena fé. No hemos pensado jamás en darle giro político á nuestra hoja. Comprendemos bien que ese sería el deseo de muchos que no logran concebir, tan encerrados están en el círculo opresor del sectarismo, que pueda publicarse una Revista que sólo se ocupe de arte. Por fortuna no estamos dispuestos á darles gusto.

A. O. H. Colón.—Recibimos el valor de las suscripciones; gracias. Ojalá lograra usted colocar algunos números más. No es posible que en ese lugar sólo se encuentren quince personas amigas de la lectura amena y escogida. Haga usted una buena propaganda.

Tentados estuvimos á publicar su última carta, llena toda de pensamientos gallardos y giros elegantes; pero nos hace usted en ella tanto favor, es tan generoso á la hora de emitir concepto acerca de nuestra labor, que hemos temido llegue á ser considerada su publicación como una satisfacción de nuestra vanidad, por un público siempre dispuesto á la murmuración.

A. R. V. Ciudad. Lamentamos tener que decirle que sus versos son muy malos, y que por lo tanto no los publicaremos.

Si la novia de usted se disgusta por esto, crea que lo sentiremos, y por si este resulta le aconsejamos que para quitarle los enojos le haga un regalo práctico. A la JOYERÍA DE MISTELI han llegado últimamente preciosos artículos y joyas lindísimas. Cómprale algo y no le siga escribiendo versos porque

“Después de todo esto
Habrá un acorde final:
Ha quedado el pobre cesto
Rebosando original”

S. V. Bocas del Toro.—Terminado el primer trimestre ya, esperamos que para el segundo, que comienza con este número, logre usted colocarnos algunas suscripciones más. La buena acogida que all  se ha hecho á nuestra Revista debiera traducirse en el aumento de suscritores.

S. L. Ciudad.—Har  usted mal en no remitirnos, por exceso de modestia, su bella traducción de *El Crucifijo* de Lamartine. Varios amigos nos han solicitado si la publicaremos, y los hemos ofrecido complacerlos en breve. Lo hemos, pues, obligado á usted moralmente con respecto á ellos á efectuar su publicación y no creemos que se niegue á esta exigencia que es un reconocimiento tácito de sus aptitudes literarias.

*

H. B. Ciudad.—Con gusto satisfacemos su curiosidad. Deseosos de desarrollar el gusto est tico en nuestra tierra, tendemos siempre á seleccionar e da vez más el material de lectura. Bien es cierto que por consideraciones que no escapan á su comprensión no hemos usado hasta ahora todo el rigorismo que es de desearse, pero pensamos observarlo en adelante. Nuestra Junta de censura, compuesta de cinco miembros de la Redacción, examinar  todo trabajo que se nos envíe y dará su opinión sobre él, no publicándose sino los que logren obtener mayoría favorable. Como nuestro único compromiso es el contraído moralmente con nuestros lectores de proporcionarles lectura escogida, no guardaremos á ese respecto consideraciones personales de ninguna especie, que en fin de fines redundan en perjuicio nuestro.

x

Los señores MADURO   HIJOS, del comercio de esta plaza, acaban de recibir un gran número de tarjetas postales en colores, que ostentan los retratos de S. E. el Presidente de la República y del señor Comandante en Jefe del Ejército, cobijados por una aguila que lleva en el pico, flotando al viento, nuestro airoso pabellón Nacional.

Todos aquellos que deseen enviar por correo un recuerdo á persona amiga, deben proveerse de algunas de estas tarjetas á la mayor brevedad, antes de que se agote la existencia.

El Herald del Istmo

Quincenario Ilustrado.

Director=Propietario: Guillermo Andreve.

Esta Revista constará de 16 páginas de lectura y se publicará dos veces al mes.

La suscripción por trimestre vale *DOSPESOS* (\$2.00) y cada ejemplar suelto *CUARENTA CENTAVOS*.

No se admite más colaboración que la que sea solicitada y no se devuelven en ningún caso los originales.

Para todo lo relacionado con la Revista dirigirse á su Director-Propietario   á la *Tipografía Casis y Cia.*

Por Correo: Apartado No. 215.

La Dirección de EL HERALDO DEL ISTMO ha organizado una Junta de Censura encargada de examinar todo trabajo que sea remitido para su publicación, la cual no se efectuará sin la aprobación de dicha Junta.